

CAPÍTULO I

El Cantar de Carathorn

Toda la aristocracia guerrera, religiosa y administrativa había tomado asiento en las marmóreas gradas del teatro. Una edificación tan antigua como el majestuoso palacio del reino, o la humilde casa en la que la pitia y su selecto grupo de sacerdotisas custodiaban el fuego sagrado en el *Valle de Smiriel*.

Las nubes cruzaban el cielo nocturno, dejando ver esporádicamente el rostro argento de la luna y algunas rutilantes estrellas. Iluminaban el lugar decenas de antorchas repartidas estratégicamente, que a la vez que caldeaban el ambiente permitían entrever en las sombras de la noche las lindes del milenario *Bosque de Ishthar*, que se extendía más allá del escenario.

La fragancia de las guirnaldas de jazmín flotaba en el aire, mecida aquí y allá por una suave brisa, fundiéndose con los variados perfumes de los afortunados que en aquella festividad, que marcaba el inicio del nuevo y próspero año, habían podido acudir a la vetusta edificación.

—¿Están ya todos listos para la representación? —preguntó la anciana pitia a la encargada principal de la obra, una muchacha de bucles de oro y mejillas sonrosadas.

—Coros, músicos y actores están en sus puestos y preparados para comenzar el espectáculo, mi señora.

—¿Y la narradora? Es joven y su papel en la festividad es de suma importancia. Temo que los nervios la traicionen.

—Descuide, mi señora. Yo misma la he visto crecer. Jugando entre las columnas del palacio y guerreando codo a codo junto a Su Majestad —informó a la pitia—. Hará un excelente trabajo.

La suma sacerdotisa asintió con una sonrisa, convencida por las palabras de la directora de la obra.

—Entonces ya sabéis cual es vuestra señal.

La mujer se inclinó ante la anciana y se marchó con pies ligeros.

La suma sacerdotisa llenó por completo sus pulmones y luego expiró el aire lentamente. Sentía el peso de los años en su arrugado y manchado cuerpo. Su larga cabellera cana, que por unos centímetros no barría el suelo, era el principal testigo de todas las ocasiones en las que había tenido que abrir las grandes celebraciones; además de cumplir sus prerrogativas como pitia y encargada del fuego sagrado. Aun así, nadie que la viera podría averiguar su inusitada edad más que por su profunda y gris mirada. No en vano había visto gobernar a seis reinas, y coronado con sus propias manos a cinco de ellas.

Situada en el centro del escenario volvió a inspirar. Nunca se acostumbraría a que semejante cantidad de ojos la contemplasen expectantes. Alzó las manos, y su plateada túnica, recamada con encajes de oro, brilló a la luz de las teas ardientes.

—Gran pueblo de Selenia. Heredero del fulgor de la más pura de todas las estrellas que encuentran su asiento en el firmamento —habló la anciana con una voz impropia en alguien de su edad—. Celebramos hoy nuestra primera y más importante festividad.

Hizo un ademán con sus finos dedos y, mientras una pequeña niña pelirroja vestida como la pitia se le acercaba portando una llama encerrada en una jaula de cristal y bronce, un grupo de hombres rapados y afeitados, que lucían unas níveas faldas, arrastró hasta ella

una estructura de hierro similar a un gran cuenco, sobre cuya superficie metálica se apreciaban un sinfín de runas.

La suma sacerdotisa recogió entre sus manos el objeto que trajo la niña, quien, después de recibir un beso en la frente por parte de la suma sacerdotisa, volvió por donde mismo vino con una sonrisa inocente dibujada en su infantil rostro. La anciana alzó la bronceína jaula con la llama lo más alto que su mediana estatura le permitía, y los hombres se retiraron tras hacerle una reverencia.

—Es incluso para mí una ardua tarea poder interpretar las señales del futuro, pues los vientos soplan cambiantes, y La Luz y La Sombra se enfrentan sin que ninguna logre domeñar a la otra.

Contempló a la joven reina tocada con la corona real, sin duda la más bella de todas las mujeres que pisaban la tierra, y a las principales guerreras del reino que configuraban su séquito personal sentadas a su lado. No le sorprendió que en aquella eminente cita anual aparecieran luciendo nobles prendas, en lugar de las habituales armaduras que ceñían sus cuerpos el resto del año, y que solamente la reina *Ninrael III* portara su inseparable arma. No obstante, lo más inusual en esta ocasión era la presencia del joven de la blanca máscara, desarmado y vestido a la usanza del reino. Pero no se sentía inquieta la pitia por la presencia del varón. Ella misma había sido quien atendió el parto de su madre años atrás, además de conocer sobradamente los sentimientos que él y la soberana de Selenia se profesaban e intentaban mantener en secreto. Lo que le preocupaba de él era el difuminado destino que le rodeaba, y como éste arrastraba a la reina.

—Empero, por una noche dejamos a un lado las intrigas del futuro —pronunció retomando el hilo del discurso, y señaló el lugar donde se sentaban el joven de la máscara y la soberana—. Hoy no sólo celebramos el aniversario del más grande de los héroes que hayan hollado Estigriam. También rendimos también homenaje a la insustituible *Ninrael II*, quien ya se encuentra en el firmamento junto a tantos de nuestros caídos, a la espera de que se cumpla la

heroica profecía. —Brindó la luz a la infinita oscuridad del cielo, dado que un telón de acero había ocultado a las estrellas—. Desde la tierra que te viera nacer, crecer y morir, *Ninrael II*, te damos las gracias por legarnos como guía y monarca a tu benévola hija: Su Majestad, *Ninrael III*.

La multitud rompió en un sonoro aplauso.

—Grandes fueron las hazañas de vuestra madre, mi reina —remarcó, pidiendo con la mano que cesara el estruendo, en tanto que continuaba hablando y volvía sus ojos hacia donde encontraban asiento la reina, su acompañante y su séquito personal—. ¡Pero más grandes aún serán las vuestras, que han de resonar más fuertes que ninguna en los ecos de la historia!

De nuevo la aristocracia aplaudió con vehemencia, estimulada por el discurso que salía de los labios de la pitia. La anciana volvió a solicitar silencio a la audiencia.

—*Phoenix* —se dirigió al enmascarado—, es cierto que ni vuestros ancestros, ni la sangre que corre por vuestras venas, están emparentados con nuestras familias más antiguas —sentenció la suma sacerdotisa alzando la voz—. Sin embargo nacisteis en esta bendita tierra. Por ese motivo, a mis ojos y a los del resto de nuestros compatriotas, vos también sois un hijo de Selenia.

Aunque la máscara que le cubría la faz impidió que alguien lo viera, el interpelado se puso rojo de vergüenza al convertirse de súbito en el centro de atención.

—No estáis familiarizado con ninguna de nuestras costumbres, ni con nuestra antigua lengua, ni con nuestra escritura —detalló la sacerdotisa enérgicamente mientras los demás asentían—. Apenas habéis aprendido algo de nuestra larga historia y de nuestra antiquísima tradición militar.

Se acercó a la estructura y suspendió la jaula que le diera la niña en lo alto la misma. Era la señal que había decretado para que todos los inmiscuidos en la representación tomaran posiciones.

—Mas esta noche, mientras los demás nos congratulamos al recordar su última e inmortal gesta, vos aprenderéis cuál es el glorioso origen de nuestro pueblo.Cuál es el incorruptible legado de nuestra reina.

La pitia dejó caer el receptáculo en el que se encontraba la llama sagrada contra el fondo de la estructura traída por los hombres. Una rugiente llamarada se alzó como una columna de fuego, y los caracteres grabados en el metal brillaron con intensidad.

Sonaron las voces del coro con un canto profundo, que se hacía más intenso a medida que los instrumentos de viento y cuerda se sumaban a él. Figuras envueltas en telas negras adornaron rápidamente el escenario con los diversos elementos teatrales que conformaban la escena con la que se iniciaba el acto. Entretanto, la narradora y el actor principal se colocaron en sus respectivos sitios, visibles a todos y esperando que la anciana diera fin al discurso.

—¡Hijas e hijos de Selenia! ¡Prestad atención y contened la emoción! ¡Deleitémonos un año más con su historia! ¡Y brindemos por vez primera a nuestro compatriota perdido su leyenda!

La voz de la suma sacerdotisa retumbó en todo el teatro con fuerza.

—Comience ya: ¡El Cantar de Carathorn!